

Los versos más populares de

PABLO NERUDA

Edición del cincuentenario



Los versos más populares de
Pablo Neruda

Edición del cincuentenario

EDITORIA AUSTRAL

Es propiedad: Insc. Nº 16407



1904-1954

Dibujo de Nemesio Antúnez

Indice

Farewell	7
Un hombre anda bajo la Luna	9
Poema 15	11
Poema 20	12
Explico algunas cosas	14
Nuevo canto de amor a Stalingrado	17
Salitre	21
Saludo al Norte	22
Margarita Naranjo	27
A la memoria de Ricardo Fonseca	29
Tercer canto de amor a Stalingrado	33
Cuando de Chile	37
Oda al Aire	41
Oda al Mar	44

ESTA breve antología callejera de los poemas más populares de PABLO NERUDA nace de un clamor muy extendido: el pueblo, los muchachos y muchachas, los obreros en los escenarios sindicales, los jóvenes conjuntos teatrales, al recitar versos que muchos saben de memoria, suelen quejarse: "Los libros están caros. No podemos comprarlos. Quisiéramos tener poemas suyos en una edición económica, muy barata, que permitiera hasta al hombre más pobre de nuestra tierra adquirirla y leer a nuestro poeta mayor".

Aquí está esa edición, casi como un cancionero, al alcance de todos los bolsillos y de todos los corazones. Su tiraje supera en mucho al habitual en nuestro país. Y sabemos que, no obstante su vestido modesto, será un pequeño libro preferido en la biblioteca de numerosos hogares humildes.

Salen estas decenas de miles de ejemplares en ocasión muy alta y solemne: tienen el significado de un homenaje a los cincuenta años que PABLO NERUDA, poeta del pueblo y de la nación chilena, cumple el 12 de julio de 1954. Así adherimos a las grandes celebraciones que

en diversos países se realizarán con tal motivo. Así entregamos nuestro aporte a la espléndida fiesta que tendrá lugar en Santiago —enriquecida con la presencia de preclaras figuras de la literatura mundial—, que será también una cita de todos los chilenos que aman su tierra, la poesía, la libertad y la amistad entre los hombres y las naciones, nobles temas que han inspirado al poeta.

Lean, pues, aquí los versos de diferentes etapas: los temas de amor de su primera juventud, recitados hoy bajo todos los cielos; lean sus épicos cantos al ardor combativo de los pueblos, lean aquí su amor a su país, su pasión por la humanidad.

Que estas páginas sencillas permitan que los versos de Neruda sean dichos en todas partes como lo mejor del espíritu de Chile.

¡Felices cincuenta años y larga vida a PABLO NERUDA y al río inagotable de su poesía!

EDITORIA AUSTRAL

Farewell

Desde el fondo de ti y arrodillado
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra
veré en los tuyos lágrimas un día.

2

Yo no lo quiero, amada.

Para que nada nos amarre
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,
ni tus sollozos junto a la ventana.

3

(Amo el amor de los marineros
que besan y se van.

7

Dejan una promesa,
no vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera,
los marineros besan y se van.

Una noche se acuestan con la muerte
en el lecho del mar).

4

Amo el amor que se reparte
en besos, leche y pan.

Amor que puede ser eterno
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca.
Amor divinizado que se va.

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camine llevarás mi dolor.

Fuí tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te ame,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste; pero siempre estoy triste.
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

...Desde tu corazón me dice adiós un niño.
Y yo le digo adiós.

8

Un hombre anda bajo la Luna

(1922)

Pena de mala fortuna
que cae en mi alma y la llena.
Pena.
Luna.

Calles blancas, calles blancas...
...Siempre ha de haber luna cuando
por ver si la pena arranca
ando
y ando...

Recuerdo el rincón oscuro
en que lloraba en mi infancia
—los líquenes en los muros
—las risas a la distancia.

Sombra... silencio... una voz
que se perdía...
La lluvia en el techo. Atroz
lluvia que siempre caía...
y mi llanto, húmeda voz
que se perdía.

Se llama y nadie responde,
se anda por seguir andando...

Andar... Andar... hacia dónde?...
y hasta cuándo?...
Nadie responde
y se sigue andando.

Amor perdido y hallado
y otra vez la vida trunca.
¡Lo que siempre se ha buscado
no debiera hallarse nunca!

Uno se cansa de amar...
Uno vive y se ha de ir...
Soñar... para qué soñar?
Vivir... para qué vivir?

...Siempre ha de haber calles blancas
cuando por la tierra grande
por ver si la pena arranca
anda
y ande

...Ande en noches sin fortuna
bajo el vellón de la luna,
como las almas en pena...

Pena de mala fortuna
que cae en mi alma y la llena.
Pena.
Luna.

Poema 15

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
Déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Poema 20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: *“La noche está estrellada
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos”*.

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.
La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Explico algunas cosas

Preguntaréis: Y dónde están las lilas?
Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?

Os voy a contar todo lo que me pasa.

Yo vivía en un barrio
de Madrid, con campanas,
con relojes, con árboles.

Desde allí se veía
el rostro seco de Castilla
como un océano de cuero.

 Mi casa era llamada
la casa de las flores, porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.

 Raúl, te acuerdas?
Te acuerdas, Rafael?

 Federico, te acuerdas
debajo de la tierra,

te acuerdas de mi casa con balcones en donde
la luz de junio ahogaba flores en tu boca?

Hermano, hermano!

Todo

era grandes voces, sal de mercaderías,
aglomeraciones de pan palpitante,
mercados de mi barrio de Argüelles con su estatua
como un tintero pálido entre las merluzas:
el aceite llegaba a las cucharas,
un profundo latido
de pies y manos llenaba las calles,
metros, litros, esencia
aguda de la vida,
 pescados hacinados,
contextura de techos con sol frío en el cual
la flecha se fatiga,
delirante marfil fino de las patatas,
tomates repetidos hasta el mar.

Y una mañana todo estaba ardiendo
y una mañana las hogueras
salían de la tierra
devorando seres,
y desde entonces fuego,
pólvora desde entonces,
y desde entonces sangre.

Bandidos con aviones y con moros,
bandidos con sortijas y duquesas,
bandidos con frailes negros bendiciendo
venían por el cielo a matar niños
y por las calles la sangre de los niños
corría simplemente, como sangre de niños.

Chacales que el chacal rechazaría,
piedra que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odiarían!

frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogaros en una sola ola
de orgullo y de cuchillos!

Generales
traidores:
mirad mi casa muerta,
mirad España rota:
pero de cada casa muerta sale metal ardiendo
en vez de flores,
pero de cada hueco de España
sale España,
pero de cada niño muerto sale un fusil con ojos,
pero de cada crimen nacen balas
que os hallarán un día el sitio
del corazón.

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del sueño, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!

Nuevo canto de amor a Stalingrado

Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua,
describí el luto y su metal morado,
yo escribí sobre el cielo y la manzana,
ahora escribo sobre Stalingrado.

Ya la novia guardó con su pañuelo
el rayo de mi amor enamorado
ahora mi corazón está en el suelo,
en el humo y la luz de Stalingrado.

Ya toqué con mis manos la camisa
del crepúsculo azul y derrotado:
ahora toco el alba de la vida
naciendo con el sol de Stalingrado.

Yo sé que el viejo joven transitorio
de pluma, como un cisne encuadernado,
desencuaderna su dolor notorio
por mi grito de amor a Stalingrado.

Yo pongo el alma mía donde quiero,
y no me nutro de papel cansado,
adobado de tinta y de tintero.
Nací para cantar a Stalingrado.

Mi voz estuvo con tus grandes muertos
contra tus propios muros machacados,
mi voz sonó como una campana y viento
mirándote morir, Stalingrado.

Ahora americanos combatientes
blancos y oscuros como los granados,
matan en el desierto a la serpiente.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Francia vuelve a las viejas barricadas
con pabellón de furia enarbolado
sobre las lágrimas recién secadas.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Y los grandes leones de Inglaterra
volando sobre el mar huracanado
clavan las garras en la parda tierra.
Ya no estás sola, Stalingrado.

Hoy bajo tus montañas de escarmiento
no sólo están los tuyos enterrados:
temblando está la carne de los muertos
que tocaron tu frente, Stalingrado.

Deshechas van las invasoras manos,
tritурados los ojos del soldado,
están llenos de sangre los zapatos
que pisaron tu puerta, Stalingrado.

Tu acero azul de orgullo construido,
tu pelo de planetas coronado,
tu baluarte de panes divididos,
tu frontera sombría, Stalingrado.

Tu patria de martillos y laureles,
tu sangre sobre tu esplendor nevado,
la mirada de Stalin a la nieve
tejida con tu sangre, Stalingrado.

Las condecoraciones que tus muertos
han puesto sobre el pecho traspasado
de la tierra, y el estremecimiento
de la muerte y la vida, Stalingrado.

La sal profunda que de nuevo traes
al corazón del hombre acongojado
con la rama de rojos capitanes
salidos de tu sangre, Stalingrado.

La esperanza que rompe en los jardines
como la flor del árbol esperado
la página grabada de fusiles,
las letras de la luz, Stalingrado.

La torre que concibes en la altura,
los altares de piedra ensangrentados,
los defensores de tu edad madura,
los hijos de tu piel, Stalingrado.

Las águilas ardientes de tus piedras,
los metales por tu alma amamantados,
los adioses de lágrimas inmensas
y las olas de amor, Stalingrado.

Los hucos de asesinos más heridos,
los invasores párpados cerrados
y los conquistadores fugitivos
detrás de tu centella, Stalingrado.

Los que humillaron la curva del Arco
y las aguas del Sena han taladrado
con el consentimiento del esclavo,
Se detuvieron en Stalingrado.

Los que Praga la Bella sobre lágrimas,
sobre lo enmudecido y traicionado,
pasaron pisoteando sus heridas,
murieron en Stalingrado.

Los que en la gruta griega han escupido
la estalactita de cristal truncado
y su clásico azul, enrarecido,
ahora, ¿dónde están, Stalingrado?

Los que España quemaron y rompieron
dejando el corazón encadenado
de esa madre de cenizas y guerreros,
se pudren a tus pies, Stalingrado.

Los que en Holanda, tulipanes y agua
salpicaron de lodo ensangrentado
y esparcieron el látigo y la espada,
ahora duermen en Stalingrado.

Los que en la noche blanca de Noruega
con aullido de chacal soltado
quemaron esa helada primavera,
enmudecieron en Stalingrado.

Honor a ti por lo que el aire trae,
lo que se ha de cantar y lo cantado,
honor para tus madres y tus hijos
y tus nietos, Stalingrado.

Honor al combatiente de la bruma,
honor al comisario y al soldado,
honor al cielo detrás de tu luna,
honor al sol de Stalingrado.

Guárdame un trozo de violenta espuma,
guárdame un rifle, guárdame un arado,
y que lo pongan en mi sepultura
con una espiga roja de tu estado,
para que sepan, si hay alguna duda,
que he muerto amándote y que me has amado,
y si no he combatido en tu cintura
dejo en tu honor esta granada oscura,
este canto de amor a Stalingrado.

Salitre

Salitre, harina de la luna llena,
cereal de la pampa calcinada,
espuma de las ásperas arenas,
jazminero de flores enterradas.

Polvo de estrella hundida en tierra oscura,
nieve de soledades abrasadas,
cuchillo de nevada empuñadura,
rosa blanca de sangre salpicada.

Junto a tu nívea luz de estalactita,
duelo, viento y dolor, el hombre habita:
hondura y soledad son su medalla.

Hermanos de las tierras desoladás:
aquí tenéis como un montón de espadas
mi corazón dispuesto a la batalla.

Saludo al Norte

Norte, llego por fin a tu bravío
silencio mineral de ayer y de hoy,
vengo a buscar tu voz y a conocer lo mío,
y no te traigo un corazón vacío:
te traigo todo lo que soy.

Porque la Patria lleva en la cintura
tal vez un ramo de copihue en flor
pero en el esplendor de su figura
lleva brillando en su cabeza oscura
una corona de sudor.

Norte, hasta en las lejanas alegrías
de las húmedas tierras labrantías
brillan las gotas que le diste:
toda la Patria está condecorada
con el sudor de tu jornada:
porque trabajas tú la Patria existe.

Arañando el metal de tus raíces
el hombre te llenó de cicatrices
y cayeron en un cauce de espuma
las silenciosas sales salitreras
llegando a tus ciudades maríneas
desde la pampa de color de puma.

Para que llegue hasta la mesa el trigo
en la más dura entraña está tu mano.

Siempre está en lucha tu metal humano
con todos los metales enemigos.

Quiero luchar contigo, hermano.

Quiero en tu territorio calcinado
pasar mi corazón como un arado
así enterrando la semilla ardiente.

Quiero cantar entre tu recia gente.

Quiero también oír la voz sufrida,
la canción de la pampa removida
 como el corazón del pampino,
vieja canción que aprieta la garganta
con un nudo de lágrimas que canta
 las amarguras del destino.

Vieja canción de duelo y rebeldía
salida de la sangre y la agonía
 como una lágrima que estalla,
y que lleva en sus sílabas sangrientas
las semillas del viento y la tormenta
 nacidas bajo la metralla.

Quiero que esté mi voz en los rincones
de la pampa, tocando los terrones,
 y se elabore con caliche el canto,
y otra vez se alce barrenando el pique,
y quiero que la sangre me salpique
cuando sobre la pampa llueve llanto.

Cuando ruedas al fondo, hermano duro,
quemado, hundido, derribado, herido,
y en un cajón tus huesos vuelven al sitio oscuro
donde tu corazón golpeó el primer latido

como tu primer golpe de pala sobre el muro.

Yo quiero estar contigo en el día amarillo
de Sierra Overa y de María Polvillo,
cuando entra el polvo ceniciento
de noche, de tarde y de día
cubriendo con su manto lento
el sueño, el pan y la alegría.

Como una campana de plata
mi voz más alta y más segura
que el trueno de Chuquicamata,
para la pampa, tierra dura,
para la mano del minero
para los ojos arrasados,
para los pulmones quebrados,
para los niños lastimeros.

Y por los socavones de misterio
como desmoronados monasterios,
los techos rotos, las vacías puertas,
quedan como preguntas demolidas,
junto a un montón de tumbas esparcidas,
las solitarias oficinas muertas.

Quiero que esté mi canto donde antaño
con su mirada gris y su pelo de estaño,
Recabarren, el Padre, comenzó su jornada,
de orilla a orilla del desierto,
con la misma bandera que llevo levantada.
Porque Recabarren no ha muerto.

La Pampa es él. Su rostro es la Planicie,
su rostro es la arrugada superficie
de la Pampa, como él áspera y fina,
su voz nos habla aún por la boca del viento,
su viejo traje está en el campamento:
su corazón está en la mina.

Y aquí viene Lafertte. Lafertte viene ahora
paso a paso, luchando, descifrando la aurora
sobre la pampa tutelar
que sudor, sangre y lágrimas en la noche callada
acumuló esperando la alborada
que nos verá triunfar.

Arde una estrella en la sombra pampina
como una lanza azul, como una espina
bajo la noche capital.

Arde en las soledades enemigas
como una rosa azul, como una espiga
sobre el nitrato y el metal.

Sobre el accidentado en su agonía,
sobre el amanecer y la alegría
que como el mar te bañe.
Norte, deja que cante sobre tu pecho amigo.
Yo quiero que la Patria esté contigo.
Quiero que Chile te acompañe.

Autoriza mi voz en tus desiertos
entre tu brava gente, entre tus muertos,
junto a las rocas de tu litoral
para que se derrame en tus rodillas
como un río de espigas amarillas
nuestro canto de pampa y de triguil.

Nuestro canto de tierra y de promesa,
nuestro canto de pan sobre la mesa,
nuestro canto de nuevo mineral,
nuestra canción de navas y de usinas,
nuestro canto de surcos y de minas,
nuestra palabra de UNIÓN NACIONAL.

Yo quiero junto al mar de tus metales
celebrar tus ciudades litorales ¡
que brotan de la arena desolada.
Iquique azul, Tocopilla florida,

Antofagasta de luz construída,
Taltal, paloma abandonada.

Arica, flor de azúcar y blancura,
de nuestra dulce Patria frente pura,
rosa de arena, flor distante,
toca el Perú tu cabeza pampina
y como una luciérnaga marina
adelantas la Patria al hijo errante.

Chile, cuando se hizo tu figura,
cuajada entre el océano y la altura
quedaste como antorcha iluminada.
El Sur forma tu verde empuñadura.
El Norte construyó tu forma dura.
Y eres, Tarapacá, la llamarada.

Patria, la libertad es tu hermosura.
Y para defender tu lumbre pura
aquí estamos tus hijos agrupados,
el que salió de la caverna oscura
y el que está por los mares derramado,
el constructor sobre su arquitectura
hasta el agricultor desde su arado:
juntos alrededor de tu figura
porque la Libertad nos ha llamado.

Margarita Naranjo

(Oficina salitrera "María Elena",
Antofagasta 1948)

Estoy muerta. Soy de "María Elena".
Toda mi vida la viví en la pampa.
Dimos la sangre para la Compañía
norteamericana, mis padres antes, mis hermanos.
Sin que hubiera huelga, sin nada nos rodearon.
Era de noche, vino todo el Ejército,
iban de casa en casa despertando a la gente,
llevándola al campo de concentración.
Yo esperaba que nosotros no fuéramos.
Mi marido ha trabajado tanto para la Compañía,
y para el Presidente, fué el más esforzado,
consiguiendo los votos aquí, es tan querido,
nadie tiene nada que decir de él, él lucha
por sus ideales, es puro y honrado
como pocos. Entonces vinieron a nuestra puerta,
mandados por el Coronel Urizar,
y lo sacaron a medio vestir y a empellones
lo tiraron al camión que partió en la noche,
hacia Pisagua, hacia la oscuridad. Entonces
me pareció que no podía ya respirar más, me parecía
que la tierra faltaba debajo de los pies,
es tanta la traición, tanta la injusticia,
que me subió a la garganta algo como un sollozo
que no me dejó vivir. Me trajeron comida
las compañeras, y les dije: "No comeré hasta que vuelva".

Al tercer día hablaron al señor Urizar,
que se rió con grandes carcajadas, enviaron
telegramas y telegramas que el tirano en Santiago
no contestó. Me fuí durmiendo y muriendo,
sin comer, apreté los dientes para no recibir
ni siquiera la sopa o el agua. No volvió, no volvió,
y poco a poco me quedé muerta, y me enterraron:
aquí, en el cementerio de la oficina salitrera,
había en esa tarde un viento de arena,
lloraban los viejos y las mujeres y cantaban
las canciones que tantas veces canté con ellos.
Si hubiera podido, habría mirado a ver si estaba,
Antonio, mi marido, pero no estaba, no estaba,
no lo dejaron venir ni a mi muerte: ahora,
aquí estoy muerta, en el cementerio de la pampa
no hay más que soledad en torno a mí, que ya no existo,
que ya no existiré sin él, nunca más, sin él.

A la memoria de Ricardo Fonseca

Ricardo, no hay que buscarte en el pasado, no eres un inmóvil retrato de un capitán dormido, aquí estás, aquí está tu mirada radiante en la bandera del Partido.

Yo no te voy a buscar bajo la tierra. Los muertos están allí, los nombres, las tumbas imprevistas, tú no has muerto, estás vivo para siempre, te llamas Partido Comunista.

Hoy votasté la huelga con los de Coronel, los mineros caminan hoy contigo como ayer. No se gasta tu fuego combativo. Arde con él la pampa y el arenal de Antofagasta.

Nosotros los chilenos, qué indiferentes somos al parecer, pero ¡que venga el enemigo! y encontrará las filas más duras que el diamante porque la Patria está contigo.

Cuando quiso el Traidor darnos su dentellada tú, Capitán, luchaste hasta la muerte, y se rompió la boca la víbora que manda: ahora somos más fuertes!

Aún rayas las paredes y en el aire te pierdes,

—¿cómo te va a encontrar la policía?

Que te busque en la fuerza que nos dejaste: tú eras
la torre de nuestra alegría.

Que te busquen, ahí vas entrando con otros
a la fábrica, al diario,
hace cinco minutos te escuchamos en el
mitin de los ferroviarios.

Que te busquen, no hay duda que persiste
tu consejo de acero: tu voz nos disciplina.
Te hallarán, sin sombrero, gritando por las calles
o en la organización clandestina.

Quién no te ve en la lucha por la Paz, adelante
de todos, con esos ojos puros
claros, y desmedidos porque en ellos cabía
todo el futuro.

Aquí estás, aquí estás como un baluarte
defendiendo la tierra, el pan, el cobre
de la patria, y guardando con tu brazo
la vida de los pobres.

Te voy a describir como eres, no es porque
te hayas ido, sino porque en la incierta madrugada
en una calle oscura, sólo por estas líneas
puede reconocerte un camarada.

Eras la juventud que desafía al viento
y un manantial en primavera
era la dirección de tu mirada
en tu rostro de sementera.

Agil y firme, ardiente, desgranabas
con decisión de luz y con bondad bravía
la colmena silvestre que te nutrió en tu infancia:
la miel natal de Araucanía.

Así de dulce y fuerte fué para mí
tu amistad verdadera
veníamos los dos de las desamparadas
regiones de la Frontera,
y entre una racha y otra del tiempo tempestuoso
nos encontramos bajo el mismo techo
junto al fuego que el hombre ha levantado
sacándose del pecho.

Para que se conozcan estas cosas escribo
esta escritura simple, este verso sin llanto,
para tus hijos, para Nena, tu compañera,
es este humilde canto.

Y como tú querías, para los habitantes
de Rancagua y de Tocopilla,
del campo y de las minas, de los mares,
para toda la gente sencilla.

Escribo en la Unión Soviética mientras la paz acude
a poblar esta tierra de primavera pura,
en donde honor y acero se reúnen blindando
al pueblo y su armadura,

Mientras más lejos China de cada surco saca
los números del trigo y el pan de los leones
con su bandera roja levantada
sobre cuatrocientos millones,

Cuando Corea llena de sangre
toda la copa del valor humano
y detiene la bota carnícera
del asesino norteamericano.

Ricardo, no el pasado sino el presente es tuyo.
De todo sufrimiento guardaremos memoria.
Que esperen nuestros muertos porque pronto
nosotros escribiremos la historia.

No olvidaremos entonces lo que hizo nuestro pueblo.
los martirios no fueron escritos en el agua.
Ni el nombre del verdugo olvidaremos tampoco.
Lo juzgaremos en Pisagua.

Y a nuestra patria entregaremos cuanto
tenemos, con entereza,
para restituirle lo que le fué robado:
el pan y la belleza.

Ricardo, en nuestra lucha vives y te saluda
toda la patria en su largo desfile
y prometemos continuar la lucha
con el Partido y para Chile.

Borraremos el hambre de la patria.
Impediremos la guerra.
Llenaremos de espigas el camino del hombre.
Cambiamos la tierra.

Y a quien pregunte quiénes somos, diremos:
venimos de las minas del cobre y del nitrato.
Y esto soñamos, diremos, con orgullo,
mostrando tu retrato.

Desde el fondo del pueblo, de la patria venimos.
Nada nos parece imposible.
De O'Higgins, de Bilbao, de Recabarren somos
los hijos invencibles.

Somos los comunistas, Ricardo. Sonriendo
contigo, continuamos la jornada.
Larga es la lucha, pero triunfaremos.
Te lo juramos camarada.

Tercer canto de amor a Stalingrado

Stalingrado con las alas tórridas
del verano, las blancas
mansiones elevándose
una ciudad cualquiera.
La gente apresurada
a su trabajo.
Un perro cruza
el día polvoriento.
Una muchacha corre
con un papel en la mano.
No pasa nada
sino el Volga
de aguas oscuras.
Una a una las casas
se levantaron
desde el pecho del hombre,
y volvieron los sellos de correo,
los buzones,
los árboles,
volvieron los niños,
las escuelas,
volvió el amor,
las madres
han parido,
volvieron las cerezas
a las ramas,
el viento
al cielo,

y ¿entonces?
Sí, es la misma,
no cabe duda.

Aquí estuvo la línea,
la calle,
la esquina,
el metro y el centímetro
en donde nuestra vida y la razón
de todas nuestras vidas
fué ganada
con sangre.

Aquí se cortó el nudo
que apretó la garganta
de la historia.
Aquí fué. Si parece mentira
que podamos
pisar la calle y ver
la muchacha y el perro,
escribir una carta,
mandar un telegrama,
pero tal vez
para esto,
para este día igual
a cada día,
para este sol sencillo
en la paz de los hombres
fué la victoria,
aquí, en esta ceniza
de la tierra sagrada.

Pan de hoy, libro de hoy, pino reciente
plantado esta mañana,
luminosa avenida
recién llegada del papel
en donde el ingeniero
la trazó bajo el viento de la guerra,
niña que pasas, perro

que atraviesas el día polvoriento,
¡oh! milagros,
milagros de la sangre,
milagros del acero y del Partido,
milagros de nuestro nuevo mundo.

Rama de acacia con espina y flores,
en dónde, en dónde
tendrás mayor perfume
que en este sitio en que todo perfume fué borrado
en que todo cayó
menos el hombre,
el hombre de estos días,
el soldado soviético.

¡Oh! rama perfumada,
hueles
aquí
más que una reunida primavera.
Aquí hueles a hombre y esperanza,
aquí, rama de acacia,
no pudo quemarte el fuego
ni sepultarte el viento de la muerte.
Aquí resucitaste cada día
sin haber muerto nunca,
y hoy en tu aroma el infinito humano
de ayer y de mañana,
de pasado mañana,
nos vuelve a dar su eternidad florida.
Eres como la usina de tractores:
hoy florece de nuevo
grandes flores mecánicas
que entrarán en la tierra
para que la semilla
sea multiplicada.
También la usina
fué ceniza,
hierro torcido, espuma
sangrienta de la guerra,
pero su corazón no se detuvo,

fué aprendiendo a morir y a renacer.
Stalingrado enseñó al mundo
la suprema lección de la vida:
nacer, nacer, nacer,
y nacía
muriendo
disparaba
naciendo,
se iba de bruces y se levantaba
con un rayo en la mano.
Toda la noche se iba desangrando
y ya en la aurora
podía prestar sangre
a todas las ciudades de la tierra.
Palidecía con la nieve negra
y toda la muerte cayendo
y cuando tú mirabas
para verla caer, cuando llorábamos
su final de fortaleza,
ella nos sonreía,
Stalingrado
nos sonreía.

Y ahora
la muerte se ha ido:
sólo algunas paredes,
alguna contorsión de hierro
bombardeado y torcido,
sólo algún rastro
como una cicatriz de orgullo,
hoy todo es claridad, luna y espacio,
decisión y blancura,
y en lo alto
una rama de acacia,
hojas, flores, espinas defensoras,
la extensa primavera
de Stalingrado,
el invencible aroma
de Stalingrado!

Cuando de Chile

Oh Chile, largo pétalo
de mar y vino y nieve,
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
ay cuándo
me encontraré contigo,
enrollarás tu cinta
de espuma blanca y negra en mi cintura,
desencadenaré mi poesía
sobre tu territorio.

Hay hombres
mitad pez, mitad viento,
hay otros hombres hechos de agua.
Yo estoy hecho de tierra.
Voy por el mundo
cada vez más alegre:
cada ciudad me da una nueva vida.
El mundo está naciendo.
Pero si llueve en Lota
sobre mí cae la lluvia,
si en Lonquimay la nieve
resbala de las hojas
llega la nieve donde estoy.
Crece en mí el trigo oscuro de Cautín.
Yo tengo una araucaria en Villarrica,
tengo arena en el Norte Grande,
tengo una rosa rubia en la provincia,
y el viento que derriba

la última ola de Valparaíso
me golpea en el pecho
con un ruido quebrado
como si allá tuviera
mi corazón una ventana rota.

El mes de octubre ha llegado hace
tan poco tiempo del pasado octubre
que cuando éste llegó fué como si
me estuviera mirando el tiempo inmóvil.
Aquí es otoño. Cruzo
la estepa siberiana.
Día tras día todo es amarillo,
el árbol y la usina,
la tierra y lo que en ella el hombre nuevo crea:
hay oro y llama roja,
mañana inmensidad, nieve, pureza.

En mi país la primavera
viene de norte a sur con su fragancia.
Es como una muchacha
que por las piedras negras de Coquimbo,
por la orilla solemne de la espuma
vuela con pies desnudos
hasta los archipiélagos heridos.
No sólo territorio, primavera,
llenándome, me ofreces.
No soy un hombre solo.
Nací en el Sur. De la frontera
traje las soledades y el galope
del último caudillo.
Pero el Partido me bajó del caballo
y me hice hombre, y anduve
los arenales y las cordilleras
amando y descubriendo.
Pueblo mío, verdad que en primavera
suena mi nombre en tus oídos
y tú me reconoces
como si fuera un río
que pasa por tu puerta?

Soy un río. Si escuchas
pausadamente bajo los salares
de Antofagasta, o bien
al sur de Osorno
o hacia la cordillera, en Melipilla,
o en Temuco, en la noche
de astros mojados y laurel sonoro,
pones sobre la tierra tus oídos,
escucharás que corro
sumergido, cantando.

Octubre, oh primavera,
devuélveme a mi pueblo.
Qué haré sin ver mil hombres,
mil muchachas,
qué haré sin conducir sobre mis hombros
una parte de la esperanza?
Qué haré sin caminar con la bandera
que de mano en mano en la fila
de nuestra larga lucha
llegó a las manos mías?
Ay Patria, Patria,
ay Patria, cuándo
ay cuándo y cuándo,
cuándo
me encontraré contigo?

Lejos de ti
mitad de tierra tuya y hombre tuyo
he continuado siendo,
y otra vez hoy la primavera pasa.
Pero yo con tus flores me he llenado,
con tu victoria voy sobre la frente
y en ti siguen viviendo mis raíces.

Ay cuándo
encontraré tu primavera dura,
y entre todos tus hijos
andaré por tus campos y tus calles

con mis zapatos viejos.
Ay cuándo
iré con Elías Lafertte
por toda la pampa dorada.
Ay cuándo a ti te apretaré la boca,
chilena que me esperas,
con mis labios errantes?
Ay cuándo
podré entrar en la sala del Partido
a sentarme con Pedro Fogonero
con él que no conozco y sin embargo
es más hermano mío que mi hermano.
Ay cuándo
me sacará del sueño un trueno verde
de tu manto marino.
Ay cuándo, Patria, en las elecciones
iré de casa en casa recogiendo
la libertad temerosa
para que grite en medio de la calle.
Ay cuándo, Patria,
te casarás conmigo
con ojos verdemar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los hambrientos.

Ay Patria sin harapos,
ay primavera mía,
ay cuándo
ay cuándo y cuándo
despertaré en tus brazos
empapado de mar y de rocío.
Ay cuando yo esté cerca
de ti, te tomaré de la cintura,
nadie podrá tocarte,
yo podré defenderte
cantando,
cuando
vaya contigo, cuando
vayas conmigo, cuándo
ay cuándo.

Oda al Aire

Andando en un camino
encontré al aire,
lo saludé y le dije
con respeto:
"Me alegro
de que por una vez
dejes tu transparencia,
así hablaremos."

El incansable,
bailó, movió las hojas
sacudió con su risa
el polvo de mis suelas,
y levantando toda
su azul arboladura,
su esqueleto de vidrio,
sus párpados de brisa
inmóvil como un mástil
se mantuvo escuchándome.
Yo le besé su capa
de rey del cielo,
me envolví en su bandera
de seda celestial
y le dije,
monarca o camarada,
hilo, corola o ave,
no sé quién eres, pero

una cosa te pido,
no te vendas.

El agua se vendió
y de las cañerías
en el desierto
he visto
terminarse las gotas
y el mundo pobre, el pueblo
caminar con su sed
tambaleando en la arena.

Vi la luz de la noche
racionada,
la gran luz en la casa
de los ricos,
todo es aurora en los
nuevos jardines suspendidos,
todo es oscuridad
en la terrible
soledad del callejón,
de allí la noche
madre madrastra
sale
con un puñal en medio
de sus ojos de buho,
y un grito, un crimen,
se levantan y se apagan
tragados por la sombra".
No aire,
no te vendas,
tú no te vendas,
que no te canalicen,
que no te entuben,
que no te encajen
ni te compriman,
que no te hagan tabletas,
que no te metan en una botella,
¡cuidado!

llama,
cuando me necesites,
yo soy el poeta hijo
de pobres, padre, tío,
primo hermano carnal
y concuñado
de los pobres, de todos,
de mi patria y las otras,
de los pobres que viven junto al río,
y de los que en la altura
de la vertical cordillera
pican piedra,
clavan tablas,
cosen ropa,
cortan caña,
muelen tierra
y por eso
yo quiero que respiren,
tú eres lo único que tienen,
por eso eres
transparente,
para que vean
lo que vendrá mañana,
por eso existes, aire,
déjate respirar,
no te encadenes,
no te fíes de nadie
que venga en automóvil
a examinarte,
déjalos
ríete de ellos
vuélales el sombrero,
no aceptes
sus proposiciones,
vamos juntos
bailando por el mundo,
derribando las flores
del manzano,
entrando en las ventanas,

silbando juntos,
silbando
melodías
de ayer y de mañana,
ya vendrá un día
en que libertaremos
la luz y el agua,
la tierra, el hombre
y todo para todos
será, como tú eres,
por eso ahora,
¡cuidado!
y ven conmigo
nos queda mucho
que bailar y cantar,
vamos
a lo largo del mar,
a lo alto de los montes,
vamos
donde esté floreciendo
la nueva primavera
y en un golpe de viento
y canto
repartamos las flores,
el aroma, los frutos,
el aire
de mañana.

Oda al Mar

Aquí en la isla
el mar
y cuanto mar!,
se sale de sí mismo
a cada rato,

dice que sí que no
que no que no que no
dice que sí en azul
en espuma en galope
dice que no que no
no puede estarse quieto
me llamo mar repite
pegando en una piedra
sin lograr convencerla
entonces
con siete lenguas verdes
de siete perros verdes
de siete tigres verdes
de siete mares verdes
la recorre la besa
la humedece
y se golpea el pecho
repitiendo su nombre
oh mar, así te llamas,
oh camarada océano,
no pierdas tiempo y agua
no te sacudas tanto,
ayúdanos
somos los pequeñitos
pescadores,
los hombres de la orilla,
tenemos frío y hambre,
eres nuestro enemigo,
no golpees tan fuerte,
no grites de ese modo,
abre tu caja verde
y déjanos a todos
en las manos
tu regalo de plata:
el pez de cada día.

Aquí en cada casa
lo queremos
y aunque sea de plata,

de cristal o de luna
nació para las pobres
cocinas de la tierra,
no lo guardes,
avaro,
corriendo frío como
relámpago mojado
debajo de tus olas,
ven, ahora,
ábrete
y déjalo
cerca de nuestras manos,
ayúdanos, océano,
padre verde y profundo,
a terminar un día
la pobreza terrestre,
déjanos
cosechar la infinita
plantación de tus vidas,
tus trigos y tus uvas,
tus bueyes, tus metales
el esplendor mojado
y el fruto sumergido.
Padre mar ya sabemos
cómo te llamas, todas
las gaviotas reparten
tu nombre en las arenas,
ahora pórtate bien,
no sacudas tus crines
no amenaces a nadie,
no rompas contra el cielo
tu bella dentadura,
déjate por un rato
de gloriosas historias,
dános a cada hombre
a cada
mujer y a cada niño
un pez grande o pequeño
cada día,

sal por todas las calles
del mundo
a repartir pescado,
y entonces grita,
grita
para que te oigan todos
los pobres que trabajan
y digan
asomando a la boca
de la mina:
"Ahí viene el viejo mar
repartiendo pescado".
Y volverán abajo,
a las tinieblas,
sonriendo y por las calles
y los bosques
sonreirán los hombres
y la tierra
con sonrisa marina.

Pero
si no lo quieres,
si no te da la gana,
espérate,
espéranos,
lo vamos a pensar
vamos en primer término
a arreglar los asuntos
humanos,
los más grandes primero
todos los otros después
y entonces,
encontraremos en ti,
cortaremos las olas
con cuchillo de fuego,
en un caballo eléctrico
saltaremos la espuma
cantando
nos hundiremos

hasta tocar el fondo
de tus entrañas,
un hilo atómico
guardará tu cintura
plantaremos
en tu jardín profundo
plantas
de cemento y acero,
te amarraremos
pies y manos,
los hombres por tu piel
pasearán escupiendo,
sacándote racimos,
construyéndote arneses
montándote y domándote,
dominándote el alma.

Pero eso será cuando
los hombres
hayamos arreglado
nuestro problema,
el grande,
el gran problema.
Todo lo arreglaremos
poco a poco,
te obligaremos, mar,
te obligaremos, tierra,
a hacer milagros,
porque en nosotros mismos,
en la lucha,
está el pez, está el pan,
está el milagro.